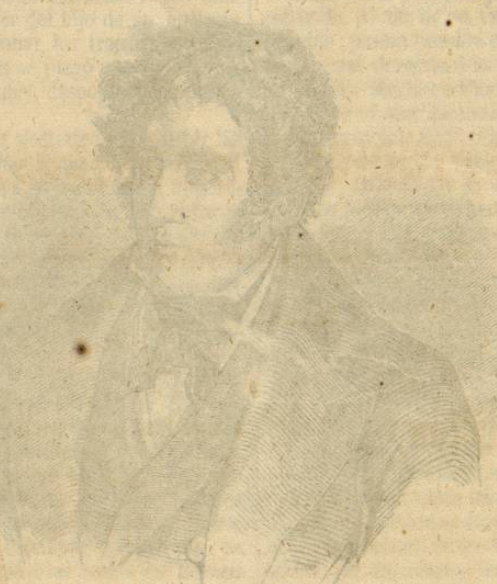


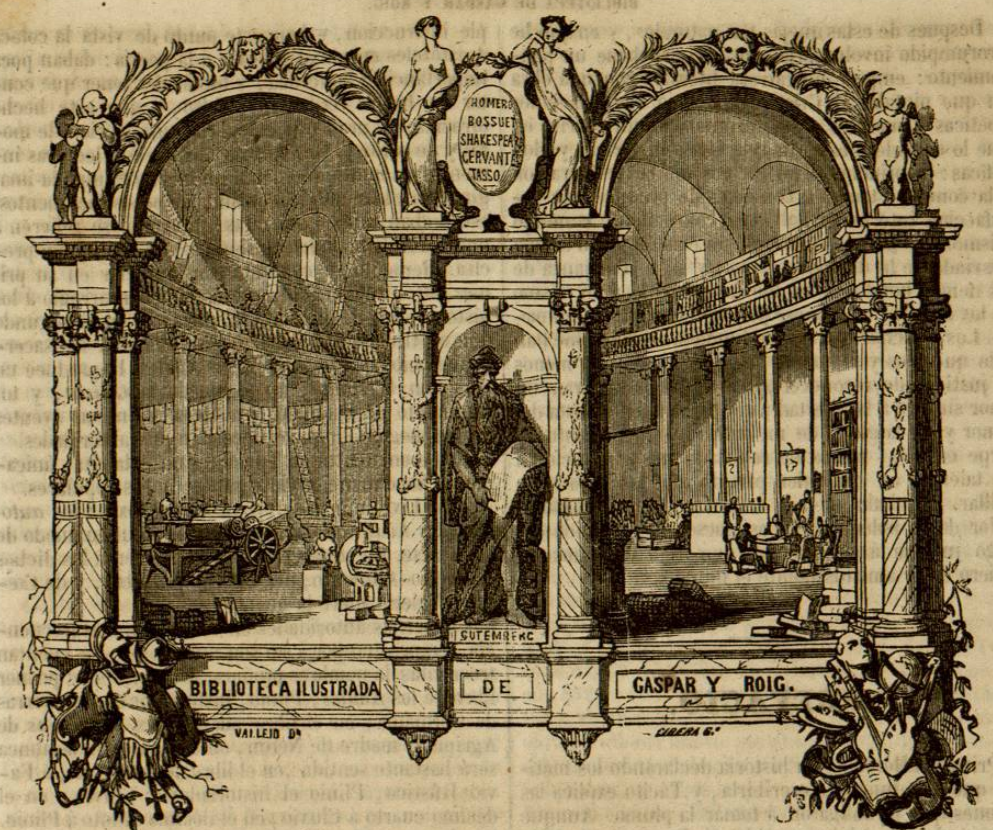
ESTUDIOS HISTÓRICOS.

POR F. A. DE CHATEAUBRIAND.

TRAJIDO POR DON MANUEL M. PÉREZ.



MADRID.
IMPRESA DE CASPAR Y ROIG.
Calle del Príncipe, núm. 4.
1854.



ESTUDIOS HISTÓRICOS, POR CHATEAUBRIAND.

INTRODUCCION.

Por todo lo que me queda de vida, no quisiera ver comenzar de nuevo los diez y ocho meses que acaban de transcurrir. Nunca podrá formarse una idea de la violencia en que he vivido: me he visto obligado á abstraer mi espíritu diez, doce y quince horas al día, de lo que pasaba en torno mio, para entregarme puerilmente á la composicion de una obra cuyas páginas nadie tendrá á bien recorrer. ¿Quién se resolverá á leer cuatro gruesos volúmenes cuando cuesta trabajo hojear el fugitivo folletín de una Gaceta? Escribía la historia antigua, y llamaba presurosa á mi puerta la moderna: en vano, le gritaba: «Espera, que ya llegará para mí tu vez,» porque pasaba entre el estrépito de los cañones, llevando en pos de sí tres generaciones de reyes.

Y ¡en verdad que aparecen en armonía la época y la naturaleza de estos *Estudios*! Derribanse las cruces, persiguese á los sacerdotes, y trátase de aquella y de estos en todas las páginas de mi obra; destiérnase á los Capetos, y estos ocupan ocho siglos en la historia que doy á luz. El trabajo mas largo y el postrero de mi vida; el que mas indagaciones, cuidados y años me ha costado; aquel en que tal vez mas escritos y hechos he desentrañado, ve la luz pública cuando no encontrará lectores: lo cual equivale á ar-

rojearlo á un pozo, donde quedará sepultado bajo los montones de escombros que caerán sobre él. Cuando una sociedad se compone y se descompone; cuando se trata de la existencia individual y de la colectiva; cuando no hay seguro un porvenir de una hora, ¿quién se cuida de lo que hace, dice y piensa su vecino? ¡A fe que es tiempo oportuno para hablar de Neron, de Constantino, de Julio, de los Apóstoles, de los Mártires, de los Padres de la Iglesia, de los Godos, Hunos, de los Vándalos, de los Francos, de Clovis, de Carlo-Magno, de Hugo Capeto, y de Enrique IV! ¡Feliz coyuntura por cierto, para pintar el naufragio del mundo antiguo, cuando nos hallamos envueltos en el cataclismo del moderno! ¿No es acaso una especie de desvario ó de flaqueza de ánimo ocuparse de las letras en estos momentos? Lo es ciertamente; pero semejante desvario no procede de mi cerebro, sino de los antecedentes de mi contraria fortuna. Sino hubiera hecho tantos sacrificios en aras de la libertad de mi país, no me habria visto obligado á contraer empeños en circunstancias doblemente desplorables para mí; y no pudiendo suspender una publicacion de que no soy dueño, me es necesario coronar con este último esfuerzo todos mis sacrificios. Jamás se vió autor alguno en semejante situacion: gracias á Dios ha llegado á su término, y solo me resta sentarme sobre las ruinas y despreciar esta vida que desdeñaba ya en mi juventud.

Después de estas quejas tan naturales, y en que he prorumpido involuntariamente, consuéleme un pensamiento: empecé mi carrera literaria con una obra en que pintaba al Cristianismo bajo sus relaciones poéticas y morales, y la termino con un escrito en que lo considero bajo sus relaciones históricas y filosóficas: di principio á mi carrera con la Restauración y la concluyo también con ella. Me produce una satisfacción interior el hallarme consecuente conmigo mismo. Las grandes líneas de mi existencia no se han desviado de la dirección recta; y si, á semejanza de los demás hombres, no me he parecido á mi mismo en los detalles, perdónese por ello la fragilidad humana. Los principios en que se funda la sociedad me han sido queridos y sagrados; se me dispensará al menos la justicia de reconocer que mis obras respiran un amor sincero á la libertad; que he sido entusiasta del honor y de la gloria de mi patria; y que, exento de torpe envidia, nunca he rehusado mi admiración á los talentos en cualquier partido que los haya visto brillar. ¿Me habré dejado arrastrar demasiado por el ardor de la polémica? Si así fuese, me arrepiento y hago justicia á las prendas que haya desconocido; quiero dejar amistosamente el mundo.

PREFACIO.

Principia Herodoto su historia declarando los motivos que le indujeron á escribirla, y Tácito explica las razones que le obligaron á tomar la pluma. Aunque carezco del talento de estos historiadores, puedo imitar su ejemplo, y decir cual Herodoto que escribo por la gloria de mi patria, y porque he presenciado los infortunios de los hombres. Mas libre que Tácito, ni amo ni temo á los tiranos. Aislado ya en el mundo para en lo sucesivo, y sin esperar cosa alguna de mis trabajos, me hallo en la posición más favorable á la independencia del escritor, pues habito ya en las generaciones cuyas sombras he evocado. Las sociedades antiguas perecen, y surgen las nuevas de sus ruinas: leyes, costumbres, usos, trajes, opiniones, y hasta los principios mismos, todo ha sufrido una completa metamorfosis. Se ha verificado una grande revolución, y se prepara otra: la Francia debe recomponer sus anales para ponerlos en relación con los progresos de la inteligencia; y en esta necesidad de reconstruir la obra sobre un plan nuevo, ¿dónde habremos de buscar los materiales? ¿Cuáles son los trabajos de este género ejecutados por los hombres que nos han precedido? ¿Qué debe alabarse ó censurarse en los escritores de la antigua escuela histórica? Si debe seguirse enteramente la nueva, ¿cuáles son en este caso sus más notables autores? ¿Es todo verdad en las teorías religiosas, filosóficas y políticas de nuestros días? He aquí lo que me propongo examinar en este prefacio. Hacia muchos años que me ocupaba en escribir una historia de Francia, de la que los presentes *Estudios* presentarán tan solo la exposición, las miras generales y las ruinas; pero me falta la vida para llevar á cabo mi obra; en el camino en que el tiempo me detiene, señalo pues, con la mano á los viajeros jóvenes las piedras que había amontonado, y el terreno en que me proponía levantar mi edificio.

ORIGEN COMUN DE LOS PUEBLOS DE EUROPA.—DOCUMENTOS É HISTORIADORES EXTRANJEROS QUE DEBEN CONSULTARSE RELATIVAMENTE Á LA HISTORIA DE FRANCIA.

Los antiguos concibieron la historia de muy distinto modo que nosotros: considerábanla como una sim-

ple instrucción, y bajo este punto de vista la colocó Aristóteles en rango inferior á la poesía: daban poca importancia á la verdad, y bastábales tener que contar un hecho verdadero ó falso, ó que este hecho ofreciese un gran espectáculo, ó una lección de moral y de política. Desembarazados de esas lecturas inmensas en que se pierden á un mismo tiempo la imaginación y la memoria, consultaban pocos documentos, escaseaban mucho sus citas, y cuando se refieren á una autoridad, lo hacen siempre sin indicación precisa. Herodoto se contenta con anunciar en su primer libro titulado *Clio*, que escribe con arreglo á los historiadores de Persia y Fenicia; y en el segundo que se titula *Euterpe*, habla siguiendo á los sacerdotes egipcios que le leyeron sus Anales. Reproduce un verso en la *Iliada*, un pasaje de la *Odisea*, y un fragmento de Eschiles; y ni Herodoto ni sus oyentes de los juegos Olímpicos necesitan más autoridades.

No se encuentra en Tucídides un sola cita; únicamente hace mención de algunos cantos populares. Tito Livio nunca se apoya en un texto: los autores, los historiadores refieren: hé aquí su modo de explicarse. En su tercera *Década* recuerda los dichos de Cintio-Alimento, prisionero de Anibal, y de Caelio y Valerio sobre la guerra Púnica.

Cítanse las autoridades en Tácito con más frecuencia, empero no por esto son numerosas. Se cuentan trece citas de nombres propios, que son: en el primer libro de los *Anales*, Plinio, historiador de las guerras de Germania; en el libro cuarto, las *Memorias* de Agripina, madre de Neron, obra cuya pérdida nunca será bastante sentida: en el libro décimotercio, á Favio Rústico, Plinio el historiador y Cluvio; en el décimo cuarto á Cluvio; en el décimo quinto á Plinio. En el tercer libro de las *Historias* nombra Tácito á Messala y á Plinio, y remite los lectores á las *Memorias* que tenía en las manos; en el cuarto libro se refiere á los sacerdotes egipcios; y en las *Costumbres de los Germanos* escribe un verso de Virgilio alterándolo. Dice con frecuencia: «Cuentan los historiadores de estos tiempos:» *Temporum illorum scriptores prodiderint*; explica su sistema declarando que solo refiere el nombre de los autores cuando difieren entre sí. De este modo, dos citas vagas en Herodoto, ninguna en Tucídides, dos ó tres en Tito Livio, y trece en Tácito, forman el cuerpo de las autoridades de estos historiadores. Algunos biógrafos, como Suetonio y principalmente Plutarco, leyeron más *Memorias*, pero las citas numerosas se reservaban á los compiladores como Plinio el naturalista, Ateneo, Macrobio y San Clemente de Alejandria en sus *Stromata*.

Los analistas de la antigüedad excluían de sus narraciones el cuadro de los diferentes ramos de la administración: las ciencias, las artes, la educación pública, no entraban en el dominio de la Historia; así pues, *Clio* caminaba á la ligera, desembarazado del pesado equipo que ahora arrastra en pos de sí, y el historiador se convertía con frecuencia en un viajero que se limitaba á referir lo que había visto. En la actualidad la Historia es una enciclopedia que todo lo embebe, desde la astronomía hasta la química; desde la ciencia del hacendista hasta las artes fabriles; desde el conocimiento de la pintura, la escultura y la arquitectura, hasta la economía política; desde el estudio de las leyes eclesiásticas, civiles y criminales, hasta el de las leyes, políticas. El historiador moderno se dedica á describir una escena de costumbres y de pasiones; interrumpe de improviso una contribución; otro impuesta reclama su crítica, y préstale copiosos materiales la guerra, la navegación y el comercio. ¿Cómo se fabricaban entonces las armas? ¿de dónde se proveían de madera para la construcción? ¿Cuánto valía la libra de pimienta? todo se desconcierta si el autor, no observando que el año princi-

piaba en Pascua, le ha fechado en 1.º de enero. ¿Y quién se ha de fiar en su palabra si ha equivocado la página de una cita, ó anotado mal la edición? la sociedad queda desconocida si se ignora el color de los calzones del rey, ó el valor de un marco de plata. El historiador ha de saber, no tan solo lo que ocurre en su patria sino también en las naciones vecinas, y al través de estos detalles es preciso que una idea filosófica sirva de constante guía á su pensamiento. Ved aquí los inconvenientes de la historia moderna; y son tales, que quizás nos privarán para siempre de historiadores como Tucídides, Tito Livio y Tácito; mas no siendo posible evitar esos inconvenientes, es fuerza someterse á ellos. El escritor destinado, á pintar-nos algún día el gran cuadro de nuestra historia, no se ceñirá á indagar el origen de donde provienen inmediatamente los Francos y los Franceses, sino que estudiará los primeros siglos de las sociedades que rodean la Francia, porque los pueblos nuevos de diversas comarcas, cual los niños de diferentes países, tienen entre sí la semejanza común que les da naturaleza, y porque estos pueblos compuestos de un corto número de familias aliadas, conservan en su adolescencia el sello de los rasgos maternos.

Cuatro especies de documentos, contienen la historia entera de las naciones en el orden sucesivo de su edad: las poesías, las leyes, las crónicas que describen hechos generales y las memorias que juntan las costumbres y la vida privada. Los hombres cantan primero y después escriben.

Ya no poseemos los barditos que mandó recoger Carlo-Magno; réstanos tan solo una oda en honor de la victoria que Luis, hijo de Luis el Tartamudo, consiguió en 884 contra los Normandos; pero el monje de San Galo y Ermoldo el Negro han escrito enteramente según el gusto de la canción germánica.

La mitología y las poesías escandinavas; los Edda y los Sagas; los cantos de los Scalas que nos han conservado Snarron, Saxon el Gramático, Adan de Brema y las crónicas anglo-sajonas; los Nebelungas, aunque de fecha más reciente, suplen nuestras pérdidas; ya se verá el uso que he hecho de ellos al trazar la historia de las costumbres bárbaras. Por lo que atañe á las lenguas, los evangelios godos de Ulphilas son un tesoro.

En cuanto al Mediodía de la Francia, Mr. Renouard ha rehabilitado la antigua lengua romana, y al dar á luz las poesías escritas ó cantadas en ella, ha prestado un servicio importante. Mr. Fauriel, á quien debemos la hermosa traducción de los cantos populares de la Grecia, manifestará en la formación de la lengua romana, los vestigios de los tres idiomas más antiguos de la Galla, que aun se hablan al presente, uno en Escocia, otro en el país de Gales, y el tercero entre los Vascongados, ha fijado su atención en un poema sobre las guerras de los árabes en España y de los cristianos de la Occitania, cuyo héroe es un príncipe aquitano llamado Waitez; ¿no será Waifre? Varios cantos recuerdan las rebeliones de diferentes gefes del Mediodía de Francia contra los monarcas Carlovingios, lo cual viene á probar más y más que las hostilidades de Carlos Martel, Pepino y Carlo-Magno contra los príncipes de Aquitania, tuvieron por origen una enemistad de raza; porque los descendientes de los Merovingios, reinaban más allá del Loire. Confiamos en que Mr. Fauriel se ocupará de una historia de los Bárbaros en las provincias meridionales de la Francia: este asunto sería digno de su no vulgar condición y distinguido talento.

Para estudiar las leyes bárbaras, no basta analizar las leyes Sállica, Ripuaria y Gombeta, sino que deben considerarse como capítulos de un mismo código nacional las leyes lombardas, alemanas, bávaras, rusas (estas no son sino el derecho sueco), anglo-sajonas y galas: con estas pueden reconstruirse varias partes

del primitivo edificio galo. Todas estas leyes se han impreso, ó separadamente ó en las diferentes colecciones de los historiadores de Francia, Italia, Inglaterra y Alemania. El padre Canciano reunió en Venecia en 1784, su *Barbarum leges antiquae*, en cinco volúmenes en folio, colección excelente que debería hallarse en todas nuestras bibliotecas: hállese en ella la traducción italiana de las *Juntas del reino de Jerusalem*, y diferentes trozos inéditos. Asegúrese que no tardaremos en tener las *Juntas* enteras publicadas con arreglo al manuscrito que se ha encontrado, con las traducciones greco-bárbara é italiana de 1498. De esto se ocupa la Academia de las Inscripciones. La colección de los dos textos de la ley Sállica, de la que existen diez y ocho ó veinte manuscritos conocidos, colección hecha por Mr. Wiarda, es estimable, y será conveniente no perderla de vista, pero siempre queda Bignon de doctor en esta materia, así como Baluze es siempre el hombre notable en punto á las *Capitulares* y las *Fórmulas*.

Después de las poesías y las leyes, no se consultará sin fruto, por lo tocante á los seis primeros siglos de los tiempos bárbaros, á los historiadores de Rusia, Polonia, Suecia y Alemania, aunque generalmente hayan escrito con posterioridad á los nuestros.

El analista ruso más antiguo es Nestor, monje de Kioff. Fundóse la monarquía rusa hacia la mitad del siglo ix, y Kioff fue su primera capital desde el año 882: á fines del siglo x, Kioff y toda la Rusia antigua abrazaron el Cristianismo, y Nestor redactó su obra en idioma eslavo por el año 1073. Esta obra ha sido traducida al alemán por Scherer y comentada por Schloezer; no existe empero traducción alguna de ella francesa ó latina, hallándose tan solo algunas notas sacadas de Nestor en la traducción francesa de la historia de Karemsino. Nestor imitó á Constantino, Cedreno, Zonars y otros escritores de la *Bizantina*; ha intercalado en su texto muchos pasajes de estos escritores, y nos ha conservado *in extenso* dos documentos preciosos de la historia de Rusia: los tratados de paz de Olez y de Igor con la corte de Constantinopla. Los mismos griegos ignoraban la existencia de ambas piezas porque pertenecen á la época más estéril de sus anales, desde el año 813 hasta el de 959.

La crónica de Nestor concluye en 1096: Nestor es, según la opinión de Schloezer, la primera, la única fuente, ó al menos la principal para la historia del Norte escandinavo y finlandés; hasta que él publicó su obra, aquellos países eran para los historiadores, *Terra incognita*. En uno de los continuadores de Nestor se halla el código más antiguo de las leyes rusas, llamado *La Verdad rusa* ó *El Derecho ruso*, que está sacado de las leyes escandinavas. Los primeros soberanos de Rusia procedieron de la Escandinavia, llamados por la voluntad de las poblaciones rusas. Para convencerse de que el derecho ruso es de origen escandinavo, basta compararle con la legislación sueca, cuyos fragmentos más auténticos se han conservado. Una obra bastante escasa en la actualidad, impresa en Abo ó en Upsal, (*De Jure Sveonum Gothorumque vetusto*), presenta el texto original del derecho ruso, y muchas veces no puede entenderse el texto moscovita sin la ayuda del sueco.

Uno de los trabajos que deben consultarse sobre los historiadores y la literatura eslavo-rusa, es el de Kohl. *Introductio ad histor litterar Slav.*

Los historiadores de los demás pueblos de origen eslavo escribieron con posterioridad á Nestor, y aun á su primer continuador, puesto que Nestor escribió entre los años 1056 y 1116, y Cosme el historiador de Praga murió en 1125.

Martin Gallus, analista de Polonia, debe ser colocado entre 1109 y 1136: Helmoldo, cuya obra sirve de manantial á la historia de los pueblos de la edad media en Alemania, y principalmente á la de los es-